

ENCUENTROS EN VERINES 2003

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

VICTOR MOGÚS

Gonzalo Moure

He conocido éste verano a Víctor Mongús. Mongús es el jefe de un aal de la taiga de Tuva, en el centro de Asia. Tiene doce familiares que nomadean con él todo el año en varias yurtas, cuarenta caballos magníficos, trescientas ovejas, ciento veinte vacas y ochenta yaks. Ha logrado volver a criar yaks en la taiga tuvina después de ochenta años de dominación soviética en los que no fue posible. Tampoco en ese tiempo fue posible hablar y cantar a los caballos como se hacía en su tradición ancestral. Pero la cría de los yaks ha permitido que la familia nómada haya ganado un buen dinero, y hace un año Mongús decidió poner un verdadero lujo en su yurta: un generador eléctrico de gasolina que produce luz para una bombilla. Mongús estaba muy satisfecho, pero alguien de la familia instaló un televisor en la yurta, aprovechando el generador. Mongús no dijo nada, pero vió que con la televisión ya nadie reía, ni cantaba, ni contaba historias en las largas noches de la yurta, porque todos miraban absortos el televisor. Una mañana, Mongús cogió el televisor, lo colocó en el picador de leña, tomó en sus manos su rifle de cazador de ciervos y osos, y le descerrajó un tiro en las tripas catódicas. Luego dijo: y ahora, otra vez a cantar y a contar historias. La que más se cuenta, ahora, en la suya y en otras yurtas de la taiga tuvina, es la historia del jefe que le pegó un tiro al televisor. En nuestro país ¿hay que pegarle un tiro al televisor? Seguramente habría que hacerlo, pero no estamos dispuestos a ello, y no lo vamos a hacer. Ya nadie canta ni cuenta historias en nuestras casas, y esa es una batalla perdida. Pero aún queda una oportunidad para la lectura, y por eso estamos aquí.

El libro tiene que convivir con el televisor, como el Labrador tiene que convivir con el granizo y la sequía. Los escritores de literatura infantil y juvenil, los editores, los bibliotecarios y los profesores tenemos que encontrar la manera de luchar contra el televisor y el videojuego para que los niños y los jóvenes lean. ¿Cómo hacerlo? Yo, naturalmente, no puedo hablar ni por los editores, ni bibliotecarios ni profesores, ni siquiera puedo hablar por el resto de escritores, y por tanto no puedo hablar más que en mi propio nombre. Y desde ese punto de vista personal digo que yo no estoy dispuesto a

engañar. Porque de todas las estrategias lectoras no conozco otra más atractiva, pero perversa y falsa, que la de la diversión. Leer es divertido, nos hartamos de decirles a los niños. Y los niños nos creen, porque están dispuestos a creer todo lo que les decimos. Diversión es antónimo de aburrimiento. De modo que ahí tenemos a miles y miles de niños leyendo para no aburrirse. Voy a formularlo de otro modo: ¿alguien de los presentes lee para matar el aburrimiento?

Este verano hubo una campaña bancaria basada en el uso y la pérdida del tiempo: y la pérdida del tiempo estaba representada por una mujer leyendo, es decir: matando el tiempo. No quiero ser cruel, pero los defensores de la ³literatura divertida² para los niños son cómplices de la imagen de la lectura como pérdida de tiempo para los adultos. No les conozco a ustedes, pero me atrevo a asegurar que ninguno lee para no aburrirse, para divertirse. No: leemos para disfrutar de la vida pluralmente, para ser parte de la humanidad a lo largo y a lo ancho: a lo largo de la historia, a lo ancho del planeta. Leemos para crecer, para saber más del alma humana, para conocer. Y leemos para gozar, porque leer, cuando leemos algo que merece la pena, nos produce un gozo íntimo difícil de desentrañar, tan difícil de explicar como el gozo que nos produce la música o la belleza de una puesta de sol. Propongo que dejemos de engañar a los niños, para evitar que el descubrimiento de la mentira no haga posible que acaben detestando a los libros.

No es casualidad que el 75% de los niños de siete a once años lea, mientras que sólo un 7 por ciento de los jóvenes de catorce a dieciocho lo hagan. Una caída del 68 por ciento, nada menos. Repartamos culpas, porque todos las tenemos. Decir simplemente que leer es divertido es poner al libro a competir con otras diversiones domésticas que sí que lo son, y sin complejos: televisión, videojuegos... Una batalla desigual, porque todos sabemos que es más cómodo y gratificante, menos exigente, ponerse ante una pantalla que no pide ningún esfuerzo. Escribir y editar libros sin complicaciones, trepidantes, en los que la acción prima sobre la literatura, es querer competir con telefilmes, dibujos animados y cine. ¿Por qué enviar a los libros a esa batalla desigual? ¿Por qué enfrentar a los niños a esa decepción al llegar a la adolescencia?

Propongo un pacto de fondo, un pacto sobre la emoción, un pacto sobre la literatura, en su más rico y profundo significado. Por tanto: educar en la verdad: aclarar desde el inicio del camino lector que leer es un esfuerzo voluntario en el que se obtiene el premio del crecimiento interior, de la emoción y del goce. El gozo, como forma superior de la diversión, como explosión personal y colectiva del ser humano.

Vuelvo a apelar a los presentes, para que hagan examen no de conciencia, sino de experiencia: piensen en los libros que han marcado su vida, desde la infancia hasta hoy, esos libros verdaderamente inolvidables. ¿Qué es lo que queda en su memoria? No puedo hablar por ustedes, pero sí por mí, y por muchos otros a los que he preguntado en otras ocasiones: es la emoción lo que queda en mi mente, ese profundo e indefinible goce del que ya he hablado. Muchas veces, el argumento exacto de una novela se pierde en mi memoria, en pliegues y recovecos que me importan poco, en realidad. Es decir, la parte de diversión, de espectáculo, se funde en la niebla, por debajo de la luminosa esencia de la literatura. Esa es mi propuesta: escribamos luz interior, editemos luz interior, recomendemos la lectura como luz interior, no como luz exterior. En un reciente congreso hablaba de este mismo tema cuando una profesora me preguntó cómo enfrentar a los niños a esa emoción. Le respondo ahora: con necesidad y azar. Necesidad de leer, por tanto de compartir lecturas con sus compañeros de aula, las conocidas lecturas prescritas. Necesidad de leer en común para comparar emociones y sensaciones, para analizar y profundizar. Bien. Pero azar: enseñar a encontrarse libremente con los libros, en el vasto bosque de la historia y las culturas. Uno encontrará la profunda emoción que le convierta en lector para siempre en la aventura, otro en el misterio, otro en la novela policíaca, otro en la poesía, otro... en el otro: siempre en el otro, porque la emoción de la que he estado hablando estos minutos no es sino la emoción de conocerse mejor a uno mismo al conocer al otro, a los otros, a todos nosotros, erráticos y sabios, animales y místicos: la especie humana. Conocer, por ejemplo, al nómada Víctor Mongús, firme y convencido de su vida en los bosques, entre rebaños de caballos y yaks; y saber, por ejemplo, que una mañana de primavera cogió su fusil y mató al depredador de sueños metiéndole una bala en sus entrañas de azufre y silicio.

Muchas gracias.